

¡EL QUE TENGA OÍDOS PARA OÍR, QUE OIGA!²

Al entrar en la iglesia “Pax Christi” (*Pax-Christi Kirche*) en Essen del Ruhr, nos impresiona una escultura en bronce: “El hombre que escucha” (*Der Hörende*): con el rostro levantado hacia lo alto, y las manos en forma de cuenco debajo de las orejas de modo que los codos se juntan, todo el conjunto de la cabeza, los brazos y las manos parece formar una sola e inmensa oreja. Los ojos bien abiertos miran hacia la luz que llega de lo alto.

Este hombre es simultáneamente “todo oídos” y “todo ojos”. Se abre a la Revelación de lo alto con todos sus sentidos y tiende hacia ella con todas sus energías. A quien entra en la casa de Dios, este hombre clama sin palabras: “¡No te escuches más a ti mismo ni al mundo: escucha por fin a Dios!” “¡No mires ya a ti mismo ni las cosas visibles: mira hacia el Dios invisible para llegar a ser luminoso!” (cf. *Sal* 34,6).

Con una actitud diametralmente opuesta, quien se tapa los oídos expresa que se niega a escuchar; así, los que apedrearon al diácono Esteban, “incircuncisos de corazón y de oídos, y que siempre resistían al Espíritu Santo, gritando fuertemente se taparon sus oídos” (*Hch* 7, 51.57).

El hombre de hoy está permanentemente asaltado por innumerables impresiones ópticas y acústicas muy excitantes hasta el punto de que ya no es capaz de oír bien ni de ver con exactitud. Imágenes y palabras lo solicitan incesantemente, ya no sabe hacia dónde tiene que mirar ni hacia dónde tender el oído. Al hombre así acosado se aplica muy bien la palabra del profeta: “Por más que has visto, no has hecho caso; mucho abrir las orejas, pero no has oído” (*Is* 42,20).

La Regla de San Benito, fuente de tanta sabiduría y de tantos beneficios para todo el Occidente, comienza con esta admonición: “Escucha, hijo, los preceptos del maestro e inclina el oído de tu corazón” (cf. *Pr* 1,8; 4,20; 6,20; *Sal* 45,11). No podríamos imaginar exhortación más importante que ésta: en realidad, en la base de cualquier relación de orden religioso ha de estar la voluntad de escuchar a Dios y a su Palabra, de dirigirse a “su audiencia”. No es por casualidad que el mandamiento decisivo del Antiguo Testamento es idéntico al del Nuevo. Para el Pueblo de Dios de la Antigua Alianza, así como para el judío creyente de nuestros días, la primera exigencia divina que contiene todas las otras está enunciada por el célebre *Shemá* (¡Escucha!) que es a un tiempo la confesión de fe y la oración preferida por el Judaísmo: “¡Escucha, Israel: el Señor nuestro Dios es el único Dios!” (*Dt* 6,4). Para los cristianos, Dios Padre ha enunciado una sola vez y de manera solemne, el deber primordial respecto de su Hijo encarnado. Ello ocurrió el día de la transfiguración: “Este es mi Hijo amado en quien me complazco, escuchadle” (*Mt* 17,5; *Mc* 9,7; *Lc* 9,35; cf. *Dt* 18,15).

Asimismo es muy significativo que Cristo, nuestro “único Maestro” (*Mt* 23,8), haya inaugurado su ministerio público con la parábola del sembrador y que, según san Marcos, haya lanzado este llamado preliminar: “¡Escuchad!” (*Mc* 4,3). Y, según los tres sinópticos, al final exclama: “¡El que tenga oídos para oír, que oiga!” (*Mt* 13,9; *Mc* 4,3; *Lc* 8,8). A continuación, resume la enseñanza esencial de la parábola inculcando, según san Marcos: “Atended a lo que escucháis” (*Mc* 4,24) y según san Lucas: “Mirad, pues, cómo oís” (*Lc* 8,18).

² De la revista *ORA et LABOR*, XXXVIII - 1 y 2 - 1973. Tradujo Hna. Maria Gabriela Lucesoli, osb. Santiago del Estero. Argentina.

Cada vez que los astronautas se aprestan a ir a la luna, se requiere una rigurosa precisión por parte de los técnicos que lanzan la cápsula espacial. Si dijeran: “Un milésimo de milímetro de diferencia en el lanzamiento no tiene importancia” la operación fallaría. Así también nosotros, para alcanzar con seguridad el fin que nos hemos propuesto, que es el de explicitar nuestro deber de *escuchar*, escucharemos con entera docilidad, desde el comienzo y con preferencia a cualquier otra cosa, la Palabra de Dios. Su Palabra, en efecto, que es “recta” (*Sal* 33,4) permite, “caminar rectamente” “Escucha, hijo, y serás sabio, y endereza tu corazón por el camino...” (*Pr* 23,19). “Lámpara es tu palabra para mis pasos, luz en mi sendero” (*Sal* 119,105).

La salvación viene por la fe; ahora bien, la fe no nace de la lectura o de la reflexión sino “de la predicación” (*Rm* 10,17) es decir de la Palabra que se escucha. Oír bien significa además obedecer. El fin de toda nuestra vida es entrar en el descanso sabático del Señor; si nos negamos a oír y a obedecer, faltamos a este fin (*Hb* 3,18 s.; 4,6. 11). Es necesario, entonces estar muy atentos:

- I. a lo que escuchamos
- II. a quién escuchamos
- III. a cómo escuchamos

I. ¡Atended a lo que escucháis! (*Mc* 4,24)

Nadie es capaz de recibir el inmenso caudal de palabras que afluye sin cesar a sus oídos: tiene que hacer una diligente selección. Desde un comienzo, el oído ha de ser “crítico”, en el buen sentido del término, es decir estar atento a “discernir” bien para no dar entrada a toda palabra: “El oído aprecia las palabras como el paladar gusta los manjares. Decidamos entre nosotros lo que es justo, sepamos qué es lo que nos parece bueno” (*Jb* 34,3 s.; cf. 12,11).

La capacidad para una inteligente selección dentro del torrente de las palabras es un don de la gracia divina. Dios, “que plantó el oído” (*Sal* 94,9) y ha dado “el oído que oye” (*Pr* 20,12; *Dt* 29,3) es también el único que lo abre” (*Is* 50,5) para oír cómo conviene. El “circuncida el oído” (cf. *Jr* 6,10) y lo hace capaz de recibir su Palabra. Y Él es también quien nos enseña a no aceptar las afirmaciones humanas que se opongan a la verdad y a la voluntad divina.

1. Lo que no se debe escuchar.

El hombre se complace en oír aquello que halaga sus instintos menos nobles, escucha con gusto “cosas halagüeñas”. “El pueblo rebelde que se negaba a escuchar la ley del Señor” decía a los videntes (los Profetas): “No veáis para nosotros visiones verdaderas, habladnos cosas halagüeñas...³ quitadnos de delante al Santo de Israel” (*Is* 30,941).

También hoy la masa del pueblo presta fácilmente oídos a las palabras “suaves y lisonjeras” con las que algunos tratan de “seducir los corazones de los sencillos” (*Rm* 16,18).

San Pablo exhortaba a Timoteo que recordase a los fieles “que se eviten las discusiones de palabras, que no sirven para nada si no es para perdición de los oyentes” (*2 Tm* 2,14). Este llamado es hoy más actual que nunca, como lo es también el que el mismo Apóstol dirige a los efesios: “La fornicación, y toda impureza o codicia, ni siquiera se mencione entre vosotros, como conviene a los santos. Lo mismo que la grosería, las necesidades o las chocarrerías, cosas que no están bien; sino más bien, acciones de gracias” (*Ef* 5,3 s.).

³ En hebreo, *halaqôth*.

Tengamos cuidado también de no perder nuestro precioso tiempo en oír las “últimas noticias”. San Lucas, hablando de los atenienses y de los extranjeros residentes entre ellos, refiere con fina ironía que “en ninguna otra cosa pasaban el tiempo sino en decir u oír la última novedad” (*Hch* 17,2 1)⁴.

No es deber de cada cristiano informarse acerca de “cualquier viento de doctrina” (*Ef* 4,14) ni estar al tanto de todas las corrientes del pensamiento en materia de exégesis y de teología; en cambio, todos, sin excepción, deben estar atentos a la Palabra de Dios y ponerla en práctica.

Algunos “slogans” causan daño a muchos cristianos y son particularmente alevosos cuando apelan aparentemente a sentimientos nobles y generosos. Citaremos tan sólo uno, que formulado de maneras muy variadas, puede sacudir la fe de muchísima gente; Se dice que “el cristiano debe abandonar la pretensión de saber más que los otros”⁵. Esta frase -repetida con frecuencia- es capaz de producir en el creyente una especie de sentimiento de culpa, como si faltara a la humildad cuando conserva su fe cristiana. En realidad, el creyente no pretende en modo alguno saber por sí mismo más que aquellos que no creen en Cristo, acerca de las verdades fundamentales del destino humano. La fe auténtica exige que se abandone la pretensión de que el hombre, después de la caída original, pueda alcanzar por sí mismo el conocimiento de las nociones esenciales indispensables para la salvación eterna. Pero Dios, por medio de la Iglesia, nos da lo que nosotros solos no podemos descubrir. Permanecer fieles a lo que hemos recibido de esta manera, nada tiene que ver con la suficiencia o el orgullo: Dios es quien conoce más y mejor, y nosotros, por medio de la fe, participamos de ese conocimiento divino.

2. Lo que se debe escuchar

Clemente de Alejandría⁶ nos ha transmitido una frase de Cristo que no está en los evangelios canónicos, pero que muy probablemente es auténtica: “Sed negociantes sagaces, rechazad las monedas falsas, retened sólo las auténticas”. Todo cuanto conduce a la salvación y a la vida eterna es “moneda auténtica”, y por sobre todo la Palabra de Dios: “Las palabras de Dios son palabras sinceras, plata pura, siete veces purgada” (*Sal* 12,7). El oído del hombre debe abrirse ávidamente a esta Palabra, portadora de la verdad y de la voluntad de Dios. Por ella “la salvación destila desde lo alto del cielo” (*Is* 45,8; cf. 55,10); baja del cielo como la lluvia, cae como el rocío (cf. *Dt* 32,2).

La Biblia invita con frecuencia al hombre a escuchar la Palabra de Dios. Este llamado es dirigido una y otra vez con particular insistencia al pueblo elegido, especialmente por boca de Jeremías, quien, más que cualquier otro profeta, está penetrado y dominado por la Palabra divina. Exclama: “¡Tierra, tierra, tierra! oye la palabra de Dios!” (*Jr* 22,29).

En los evangelios sinópticos, Jesús repite frecuentemente la fórmula incisiva: “El que tiene oídos para oír, que oiga!” (*Mt* 11,5;13,43 etc.). El autor del Apocalipsis se refiere a ella al final de cada una de las siete cartas a las Iglesias del Asia Menor: “El que tenga oídos, escuche lo que el Espíritu dice a las Iglesias” (*Ap* 2,7. 11. 17. 29; 3,6. 13. 22).

He aquí lo que debemos escuchar y guardar en el corazón: lo que el Espíritu quiere decirnos, ese Santo Espíritu que se hace oír con fuerza a través de la Biblia, de la Liturgia, del Magisterio de la Iglesia. Su palabra es “la palabra sana” (*Tt* 2,8; *1 Tm* 6,3; *2 Tm* 1,13), la sana doctrina” (*1 Tm* 1,10; *2 Tm* 4,3; *Tt* 1,9;2,1), la doctrina verdadera y legítima, transmitida por los Apóstoles, conservada intacta e interpretada auténticamente por la Iglesia. Ella se opone a las falsas

⁴ Literalmente en griego, “cualquier cosa que sea lo más nuevo”.

⁵ Cf. V. VALGRAVE, op, *Sur un slogan*, en *Vie Dominicaine* (Friburgo) 30 (set-oct. 1971) n. 5, pp. 323 s.

⁶ *Stromata*, I, 25.

doctrinas propaladas por los que “falsean la Palabra de Dios” (2 Co 4,2) o “negocian” con ella (2 Co 2,17), como quien echa agua en el vino pero lo vende como si no estuviese adulterado⁷.

La palabra de Dios que debemos escuchar con oído atento es la palabra simple, recta, aquella que el Espíritu que la inspira ha destinado ante todo a los pequeños, a los humildes, a los pobres, no a los grandes y sabios: “Se anuncia a los pobres la Buena Nueva” (Is 61,1; Mt 11,5; Lc 7,22). “Los humildes de la tierra” (So 2,3), “el pueblo humilde y pobre” (So 3,12) no se interesan por los aspectos filológicos, críticos y literarios que están al margen de la Palabra divina. Estos “pobres de espíritu” anhelan recibir la Palabra que alimenta para la vida eterna y que permanece eternamente; quieren creer en ella, vivir de ella, en vez de estar constreñidos a escuchar discusiones interminables sobre cuestiones exegéticas secundarias, asaz discutibles, que no llegan a nada.

Para la lectura de la Biblia deberíamos utilizar exclusivamente traducciones que viertan con fidelidad el texto original, sin mutilar, violentar o deformar la Palabra de Dios. A los traductores y comentaristas incumbe una grave responsabilidad: la de tratar el texto sagrado con mucho respeto, circunspección y delicadeza. Lo que proponen al pueblo de Dios debe ser “trigo” nutritivo y no “paja” estéril (cf. Jr 23,28).

Guardémonos de faltar a la atención y al respeto debidos a aquella Palabra, de un género singularísimo, que se hace oír sin ruido de palabras: el mensaje de la Sangre de Jesús, Mediador de la Nueva Alianza, que habla con mayor elocuencia que la sangre de Abel (cf. Hb 12,24; Gn 4,10).

La muerte de Cristo, según una célebre expresión de san Ignacio de Antioquía⁸, citada por muchos Padres de la Iglesia, es “un misterio de enorme resonancia consumado en el silencio de Dios”. El mismo santo dice también⁹: “Quien posee la palabra de Jesús en verdad, puede oír también su silencio para su perfección”.

II. Atended a quién escucháis.

Es importante no escuchar cualquier cosa, no es indiferente escuchar a cualquiera: también en esto es necesario saber discernir y decidir rectamente.

¿A quién debemos escuchar? ¿A ese “montón de maestros, que los hombres, arrastrados por sus propias pasiones, se escogerán por el prurito de oír novedades?” (2 Tm 4,3) ¿O más bien al Hijo amado a quien el Padre nos ha mandado escuchar (Mt 17,5 y par.) y que es nuestro “único Maestro” (Mt 23,8)?

1. “No escuchéis las palabras de los (falsos) profetas”

“No escuchéis las palabras de los profetas. Os están embaucando” (Jr 23,16). Frecuentemente en la Antigua Alianza (Dt 13,2 s.; Jr 23,9 s.; Ez 13,1 s.) el pueblo es alertado contra los que, sin una auténtica misión recibida de Dios, buscan seducirlo. Jeremías es especialmente severo al respecto. Los falsos profetas son gente a la cual el Señor no ha confiado ningún mensaje, y con todo, se dirigen al pueblo en nombre de Dios, esparciendo lo que ellos mismos han inventado, “no cosa de boca de Yahveh” (Jr 23,16), “han curado el quebranto de mi pueblo a la ligera, diciendo: ‘¡Paz, paz!’ cuando no había paz” (Jr 6,14 = 8,11). Es decir que hacen afirmaciones

⁷ Cf. HANS WINDISCH, en G. KITTEL, ThWNT, III,608.

⁸ Carta a los Efesios. XIX,1; PG 5,660.

⁹ Ibid., XV,2.

mentirosas, tranquilizando al pueblo: “Todo anda muy bien”, vuestra conducta moral nada deja que desear, por consiguiente no debéis temer ningún castigo de parte de Dios.

Los falsos profetas no carecen de celo. El Señor dice de ellos: “Yo no envié a esos profetas y ellos corrieron” (*Jr* 23,21). El verdadero profeta no “corre”; sabiendo que ha de encontrar contradicciones y persecuciones, “él va” sencillamente hacia donde lo envía el Señor. “Porque asistió al consejo secreto del Señor y oyó su palabra” anuncia fielmente, y sin alterarlo, este mensaje al pueblo, para hacerlo tornar de su mal camino (cf. *Jr* 23,18.22). La palabra que él proclama no es “paja” estéril como la cháchara de los falsos profetas, sino “Trigo” nutritivo, palabra que quema como fuego y es fuerte como un martillo que hace saltar la roca: “¿Qué tiene que ver la paja con el grano? -oráculo de Yahveh- ¿No quema mi palabra como el fuego, y como un martillo golpea la peña?” (*Jr* 23,28 s.; cf. 5,14; 20,9).

Cristo exhorta muchas veces a desconfiar de los falsos profetas: “Guardaos de los falsos profetas que vienen a vosotros con disfraces de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces” (*Mt* 7,15; cf. *2 P* 2,1-3). “Surgirán falsos cristos y falsos profetas; que harán grandes señales y prodigios, capaces de engañar, si fuera posible, a los mismos elegidos. ¡Mirad que os lo he predicho!” (*Mt* 24,24; cf. 24,4 s.). Los Apóstoles también recomiendan la vigilancia. “Vendrá un tiempo -dice san Pablo a Timoteo- en que los hombres no soportarán la doctrina sana, sino que, arrastrados por sus propias pasiones, se harán con un montón de maestros por el prurito de oír novedades; apartarán sus oídos de la verdad y se volverán a las fábulas” (*2 Tm* 4,3 ss.). Cuando por algún tiempo dejamos de tomar un alimento sano nos enfermamos, y una vez enfermos, ya no tenemos gusto alguno para los alimentos normales. San Pablo escribe al mismo Timoteo: “Si alguno... no se atiene a las sanas palabras de nuestro Señor Jesucristo y a la doctrina que es conforme a la piedad, está cegado por el orgullo y no sabe nada; sino que padece la enfermedad de las disputas y contiendas de palabras, de donde proceden las envidias, discordias, maledicencias, sospechas malignas, discusiones sin fin...” (*1 Tm* 6,3-5).

El que aparta el oído de la verdad del Evangelio para abrirlo a errores engañosos, enferma espiritualmente, y por eso mismo ya no encuentra más gusto en la Palabra de Dios, enteramente “sana” (*Tt* 2,8; *1 Tm* 6,3; *2 Tm* 1,13), enteramente simple tal cual la Iglesia se la ofrece. Se queda encerrado en una especie de “círculo vicioso” del cual es harto difícil salir. San Agustín expresó magistralmente su propia experiencia personal¹⁰: “Lo entiendo porque lo he experimentado: no es extraño que el *pan*, agradable al paladar sano se cambie en *pena*,¹¹ en tormento para el paladar enfermo; como la luz, que es grata a los ojos sanos, resulta objeto de repulsión para los ojos enfermos”.

San Pablo, al despedirse de los ancianos de Éfeso, reunidos en Mileto, les recomienda que velen sobre sí mismos y sobre toda la grey que les confió el Espíritu Santo. “Yo sé que después de mi partida se introducirán entre vosotros lobos crueles que no perdonarán al rebaño” (*Hch* 20,29). Pero el peligro más grave no es el que proviene de afuera, de los lobos; sino que saldrá precisamente de entre los que tienen a su cuidado las ovejas. Ya en los tiempos apostólicos ocurría lo que en nuestros días y que es particularmente doloroso, es decir, que los mismos enviados por la Iglesia para instruir a los fieles en la auténtica doctrina y guiarlos, los perturben y los desvíen.

En efecto, prosiguiendo su discurso, San Pablo dice: “Y también de entre vosotros mismos se levantarán hombres que hablarán cosas perversas para arrastrar a los discípulos detrás de sí. Por tanto, vigilad...” (*Hch* 20,30 ss.). Y a continuación indica el único medio eficaz para conjurar el peligro insidioso: prestar atención a Dios y a su Palabra: “Y ahora os encomiendo a Dios y a la Palabra de su gracia, que tiene poder para construir el edificio y daros la herencia con todos los santificados” (*Hch* 20,32).

¹⁰ *Confesiones*, VII,16.

¹¹ En latín hay un juego de palabras: *poena est panis*.

“El discípulo que Jesús amaba” (*Jn 13,23*) exhorta a sus fieles a la misma vigilancia: “Queridos: no os fiéis de cualquier espíritu, sino examinad si los espíritus vienen de Dios, pues muchos falsos profetas han salido al mundo” (*1 Jn 4,1*). Hoy son particularmente numerosos; por eso, “el discernimiento de los espíritus” (*1 Co 12,10*) es más necesario que nunca y es menester que pidamos al Espíritu Santo este don precioso.

“Los que se dejan conducir por el Espíritu de Dios” (*Rm 8,14*) no escuchan ni siguen a ningún “extraño” (*Jn 10,5*). Reconocen al “extraño” por el hecho de que “habla por su cuenta y busca su propia gloria” (*Jn 7,18*). Es necesario tener el coraje de decirlo sin reticencias: en cuanto un enviado de Cristo y de la Iglesia deja de conformarse a aquella palabra del Maestro: “Como el Padre me envió también yo os envío” (*Jn 20,21*; cf. *17,18*), *ipso facto* se torna un “falso profeta” y no tiene ya derecho alguno a la obediencia de los fieles.

El significado preciso de esta palabra de Jesús sobre la “misión” está explicitado en el cuarto evangelio: 1. Como Jesús obró siempre en perfecto acuerdo con la voluntad del Padre que lo había enviado, así sus mensajeros (apóstol significa “delegado”, “enviado”) ejercerán el ministerio en total dependencia de Cristo (y de los que legítimamente lo representan). 2. Como Cristo buscó únicamente la gloria del que lo había enviado, así sus apóstoles tendrán sumo empeño en glorificar a su Maestro. 3. Como Jesús no enseñó sino lo que había oído del Padre, así cada heraldo de Cristo debe aspirar a ser la “boca” (*Ef 4,16*; *Jr 1,9*; *15,19*), el órgano, el embajador del Señor.

El apóstol san Pablo enseña lo mismo, es decir que el deber primordial de todo enviado es la fidelidad: “Por tanto, que nos tengan los hombres por servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios. Ahora bien, lo que se exige de los administradores es que sean fieles” (*1 Co 4,1 ss.*).

2. “Escuchadle”

“Este es mi Hijo amado en quien me complazco: escuchadle” (*Mt 17,5* y paral.). Los auténticos discípulos de Jesús no escuchan ni siguen a ningún “extraño”: huyen de él (*Jn 10,5.8*); corren más bien a escuchar la voz del buen Pastor (*Jn 10,3. 16*) convencidos de que sólo él “tiene palabras de vida eterna” (*Jn 6,28*), palabras que no pasarán jamás, mientras que el cielo y la tierra pasarán (cf. *Mt 24,35*; *Is 40,8*).

Cristo nos habla por sus enviados, y quien los escucha no sigue, en el fondo, a otro maestro sino al único (*Mt 23,8*), al que nos trae la salvación (*Hch 4,12*). En efecto, él dijo a sus apóstoles: “El que os escucha a vosotros, a mí me escucha; y el que os rechaza, a mí me rechaza; y el que me rechaza a mí, rechaza al que me ha enviado” (*Lc 10,16*; cf. *Mt 10,40*; *Jn 13,20*). “Y si no se os recibe ni se escuchan vuestras palabras, salid de la casa o de la ciudad aquella sacudiendo el polvo de vuestros pies. Yo os aseguro, el día del Juicio habrá menos rigor para la tierra de Sodoma y Gomorra que para la ciudad aquella” (*Mt 10,14 ss.*; cf. *Mc 6,11*; *Lc 9,5*).

Cristo exige sobre todo que se escuche a aquel quien él confió las llaves de su Reino y que es la Piedra destinada a sostener el edificio indestructible de su Iglesia, es decir *Kêpâá*, “la Roca”, Simón Pedro. A él y no a algún profesor de teología o exégesis por sabio, elocuente y célebre que sea, “el gran Pastor de las ovejas, nuestro Señor Jesús” (*Hb 13,20*) le ha dicho: “Apacienta mis corderos... apacienta mis ovejas” (*Jn 21,15-17*). Todos los que se dicen de Cristo deben tener una actitud respetuosa y dócil para con el sucesor de Pedro en el cargo pastoral.

Guardando las debidas proporciones, esto se aplica a las otras “autoridades” legítimas de la Iglesia: “Yo os aseguro: todo lo que atéis en la tierra quedará atado en el cielo, y todo lo que desatéis en la tierra quedará desatado en el cielo” (*Mt 18,18*; cf. *16,19*). Cristo edificó su Iglesia

sobre el fundamento de los apóstoles: ellos recibieron su revelación, y sus sucesores continúan garantizando el origen divino de dicha revelación; conducidos por el Espíritu de Jesús, no sólo custodian y defienden la Palabra de Dios sino que además, sólo ellos tienen la misión de interpretar auténticamente la Sagrada Escritura y la divina Tradición¹².

Es verdad que hoy muchos cristianos piensan que una autoridad pastoral y doctrinal tiene ya muy poco o nada que decir; se ufanan por no ser ya menores de edad sino hombres adultos y maduros. Les basta oír “magisterio eclesiástico” para indignarse.

Pero, mirando las cosas más de cerca, se constata cómo justamente los que hacen tanta ostentación de su adulez son en realidad lo que no querrían ni deberían ser: “niños llevados a la deriva y zarandeados por cualquier viento de doctrina, a merced de la malicia humana y de la astucia que conduce engañosamente al error” (*Ef* 4,14). En realidad quien se niega a escuchar la autoridad de la Iglesia, autoridad objetiva y legítima, cae inevitablemente en la servidumbre de cualquier charlatán que pretende ser más infalible que el magisterio eclesiástico.

Son muy actuales, a este propósito los versos del Dante¹³:

Sed, cristianos, más graves en los actos,
no seáis como pluma a todo viento,
y no creáis que toda agua os lava.

Tenéis el Viejo y Nuevo Testamento
y el Pastor de la Iglesia que es el guía;
para salvaros esto es suficiente.

Si la avidez os grita otro consejo,
sed hombres, no ovejas alocadas.

Hablando a los jefes de los judíos, Cristo denuncia claramente la extraña falta de lógica de los que rechazan al Hijo de Dios pero luego se conforman sin discriminación con la opinión de un fanfarrón cualquiera: “Yo he venido en nombre de mi Padre y no me recibís; si otro viene en su propio nombre, a ese le recibiréis. ¿Cómo podéis creer vosotros, que aceptáis gloria uno de otros, y no buscáis la gloria que viene de solo Dios?” (*Jn* 5,43 ss.).

Hay una frase lapidaria de san Agustín que se verifica perennemente y de muchas maneras: “Iussisti, et sic est: ut poena sua sibi sit inordinatus animus”¹⁴. “Tú lo mandaste, Señor, y así es: que toda alma desordenada sea castigo para sí misma”.

Seguimos escuchando a Cristo cuando escuchamos a determinadas personas: no sólo a los superiores eclesiásticos sino también a los que de una u otra manera representan a Dios, como son los padres y los maestros. Los libros sapienciales nos exhortan a menudo a escuchar su voz y a dejarnos corregir por ellos, a aceptar la disciplina, para llegar a ser hombres verdaderamente adultos (cf. *Pr* 1,8, etc.).

También de quienes detentan legítimamente el poder civil¹⁵ se ha de decir: quien los escucha -en la medida, por supuesto, en que no traspasen los límites de la propia autoridad- escucha a Dios; quien los desprecia, desprecia a Dios. Para admitir semejante afirmación, tan opuesta al espíritu de nuestra época, es evidente que se necesita una fe auténtica. Quien no cree en Dios rehusará categóricamente reconocerlos como “representantes de Dios”. Y, sin embargo, lo son: la Escritura lo afirma con claridad (*Rm* 13,1 ss.; *I P* 2,13-15).

¹² Cf. Vaticano II, *Dei Verbum*, 10.

¹³ *La Divina Comedia*, canto V, 73-80. Traducción de Angel J. Battistessa – Ed. Carlos Lohlé. Bs. As. 1972.

¹⁴ *Confesiones*, I,12.

¹⁵ Es verdad que no siempre es fácil saber si un determinado gobierno civil es legítimo o no.

Cuando seguimos un buen consejo que se nos da, en último análisis es siempre a Dios a quien escuchamos. Quien cree saberlo todo mejor que los demás y nunca acepta el parecer ajeno corre a menudo hacia su propia ruina, mientras que Dios está con el que sabe escuchar un buen consejo. Moisés instruido en la sabiduría egipcia sigue, sin embargo, el consejo de su suegro Jetró, que no era más que un beduino iletrado. Jetró dice a Moisés: “Escucha el consejo que voy a darte y Dios estará contigo” (*Ex* 18,19).

Por cierto, cuando la influencia humana se yergue contra la verdad y la voluntad de Dios ya no es lícito escuchar a nadie: ni al pariente más próximo, ni al mejor amigo, ni a los poderosos de este mundo, ni a la despótica “opinión pública”, que bajo la forma de las variadas corrientes de moda, quiere forzar nuestra adhesión no sólo en el terreno de lo profano sino con frecuencia también en el interior de la Iglesia.

Hay, no obstante, casos en que el discernimiento resulta difícil: lo que los hombres sugieren ¿es contrario a la voluntad de Dios o es más bien justamente la expresión de esta voluntad? Esto vale tanto para los más pequeños hechos de la vida cotidiana como para las decisiones de importancia capital, irreversibles y cargadas de consecuencias. Un ejemplo clásico es la introducción de la monarquía en Israel. Leyendo con atención los respectivos relatos del Libro 1º de Samuel (favorable al rey: *I S* 9,1-10, 16;11; hostil al rey: 8; 10,17-24; 12) se tiene la impresión de que se permanece hasta el fin en la incertidumbre de saber si la aspiración a nuevas estructuras políticas significa el rechazo del Dios de la Alianza, o bien, si a pesar de todo, es conforme a la voluntad de Dios.

¿Qué hacer en semejantes situaciones? Es necesario aguardar con humildad y paciencia a que se haga la luz, admitiendo la propia incapacidad para comprender. Es el momento de seguir el consejo que el célebre Gamaliel, maestro de san Pablo, dio al Sanedrín con respecto a la naciente Iglesia cristiana: “Si esta obra es de los hombres se destruirá; pero si es de Dios no conseguiréis destruirla, No sea que os encontréis luchando contra Dios” (*Hch* 5,38 ss.).

A esta espera tranquila se ha de unir la oración, a ejemplo de Samuel, quien, al serle requerido que nombrase un rey, invocó al Señor y no cesó de interceder por el pueblo (cf. *I S* 8,6.21; 12,23). “Estuvo clamando al Señor toda la noche”¹⁶ (*I S* 15,11) en la oración, no en la rebelión.

En nuestros días debemos estar muy atentos a los signos auténticos del Espíritu de Dios, que pueden ocultarse en lo que contraría nuestras costumbres. Debemos estar a la expectativa de legítimas sorpresas en el cambio de algunas estructuras de la Iglesia¹⁷.

III. “Mirad, pues, cómo oís” (*Lc* 8,18)

Para alcanzar la salvación que Dios nos ofrece no basta elegir con cuidado lo que se quiere escuchar y a quiénes se quiere escuchar. Es preciso también considerar de qué manera se escucha.

Escuchar a Dios, escuchar su Palabra de manera que le sea agradable es un don de su gracia. Escuchar a Dios como El quiere ser escuchado, significa amar a Dios. El, primero y el mayor de todos los mandamientos, según el testimonio explícito de Cristo (cf. *Mc* 12,28 y paral.) empieza con este imperativo: “Escucha, Israel: Yahveh es nuestro Dios, sólo Yahveh” y termina con la exhortación: “Amarás a Yahveh tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza. Queden grabadas en tu corazón estas palabras que yo te mando hoy” (*Dt* 6,4-6).

¹⁶ Cf. S. H. SIEDL, ocd, *Wasser in der Wüste* (Tyrolia. Innsbruck 1971) pp. 164 s.

¹⁷ Cf. IDA FRIEDERIKE GORRES, *Im Winter wächst das Brot*, 3ª ed. (Einsiedeln 1970), pp. 36 s.

Así como “no se ve bien sino con el corazón”¹⁸, así también sólo con el corazón se escucha bien. “El corazón que escucha” (*I R* 3,9), que el joven rey Salomón había pedido y obtenido del Señor, es un don de Dios, el más precioso de todos sus dones. Nadie se lo puede dar a sí mismo: debe pedirlo. Para aprender a escuchar bien es menester, ante todo, orar. Solamente en la oración aprende el hombre a escuchar a Dios. No tanto en el rezo vocal cuanto permaneciendo delante de Dios en silencio y adoración.

El Concilio Vaticano II y la reforma litúrgica nos han ayudado a apreciar mejor la liturgia y a participar en ella más activamente. Pero esto no debe llevarnos a descuidar la oración personal e íntima. En general el hombre de nuestros días está sobrecargado de trabajo y le queda poco tiempo para orar. Por eso, cuando ha tomado parte activa en la celebración de la Eucaristía piensa fácilmente que ya ha cumplido con todas sus obligaciones para con Dios. Pero el Vaticano II¹⁹ lo ha dicho claramente y el Santo Padre Pablo VI lo ha recordado. más de una vez: el acrecentamiento de la piedad litúrgica en modo alguno debe perjudicar la oración interior y silenciosa.

1. Comportamiento que se ha de evitar

Hay que pedir a Dios que quite de nuestro corazón todo cuanto impida su entrada y la de su Palabra. “¡Señor mío y Dios mío! -decía Nicolás de Flüe- quítame todo lo que me impide ir a Ti.”

a) *Hacer cesar el bullicio.* Donde hay mucho ruido es imposible oír algo. Esto es así muy especialmente respecto de lo que Dios quiere decirnos: sólo muy raramente se manifiesta él “en medio de la tempestad con sonido de trompetas y ruido de palabras” (*Hb* 12,18 ss.; cf. *Ex* 19,16. 18). Al profeta Elías se le reveló no en la tempestad, ni en el terremoto, ni en el fuego, sino en el murmullo de una brisa ligera (*I R* 19,11 ss.). Ciertamente Dios tiene derecho absoluto y total sobre todo el hombre, mas lo hace valer de modo sumamente delicado, se diría hasta tímido: “Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo” (*Ap* 3,20). Si detrás de la puerta a la que uno llama reina el bullicio nadie cae en la cuenta de que alguien quiere entrar.

Sören Kierkegaard (+ 1855) subraya de modo incisivo la necesidad absoluta del silencio, y su advertencia cobra aún mayor actualidad en nuestros días: “Si fuera médico y me preguntaran ‘¿qué te parece que habría que hacer?’, respondería: lo primerísimo, la condición sin condición para poder hacer algo, por consiguiente, lo primero, es crear el silencio, ayudar a los otros a hacer silencio... ¡Ay de mí! todo hace ruido... Aún la empresa más insignificante, la comunicación más vacía no busca otra cosa que excitar los sentidos, poner las masas en movimiento: el gentío, el público, el vocerío. Pronto se habrán invertido los valores: la comunicación habrá alcanzado el nivel más bajo de futilidad y, al mismo tiempo, los medios de comunicación habrán llegado al climax para asegurar una difusión precipitada, que lo hunde todo; y por otra parte, ¿hay algo que se difunda mejor que las charlatanerías?”.

Si el silencio es indispensable para acudir en auxilio de la pobre humanidad tan ajetreada, es muy especialmente necesario para subvenir a las propias necesidades imprescriptibles y sagradas: las necesidades espirituales. La palabra divina que nos salva se deja oír de manera inmensamente tenue; viene al hombre “furtivamente”, como un ladrón que se introduce de puntillas. En el libro de Job, Elifaz de Theman dice: “A mí se me ha dicho furtivamente una palabra, mi oído ha percibido su susurro” (*Jb* 4,12).

¹⁸ SAINT-EXUPERY. *Le Petit Prince* (Gallimard 1950), p. 72.

¹⁹ *Constitución sobre la Sagrada Liturgia*, 12.

El hombre moderno, a quien tanto le gusta dejarse aturdir, debe aprender de nuevo a apreciar y soportar el silencio; en la medida en que de él dependa, debe eliminar el ruido y la agitación para ser capaz de escuchar. Evidentemente, el silencio exterior no basta: el alma en la que reinan las pasiones y los vicios no es capaz de oír bien.

b) *No rehusarse a escuchar*. Como la voz de Dios se deja oír con infinita suavidad y sin imponerse, estamos tentados de creer que nos podemos negar impunemente a recibirla. “Guardaos de rechazar al que os habla” (*Hb* 12,25). Cuando en el Sinaí Dios se manifestó en el fuego, con truenos y sonidos de trompetas, suplicaron los que lo oyeron no les hablara más” (*Hb* 12,19; cf. *Dt* 18,16). Este pedido del pueblo, inspirado por el humilde temor de Dios y reconocido legítimo por el mismo Dios (cf. 18,17) es, sin embargo, interpretado en la carta a los Hebreos como un rechazo culpable de la divina revelación (cf. *Hb* 12,25)²⁰.

El verbo griego *par-akouô* (y el sustantivo *par-akoê*) significa literalmente “escuchar superficialmente, sin alcanzar su fin” y a menudo es sinónimo de “desobediencia” (*Mt* 18,17; *Rm* 5,19; *2 Co* 10,6; *Hb* 2,2). El hombre, antes de llegar a la osadía de negar su acatamiento rotundamente al Señor, el *Non serviam* de los ángeles rebeldes, habrá pronunciado en lo íntimo de su corazón, quizás inconscientemente, un *Non audiam*, “no quiero escuchar”.

Dios dirige a su pueblo, por medio del profeta Jeremías, este doble reproche: *non audiam, non serviam*: “Te había hablado en tu prosperidad. Dijiste ‘No oigo’. Tal ha sido tu costumbre desde tu mocedad, nunca oíste mi voz” (*Jr* 22,21). “Tú, que rompiste desde siempre el yugo y, sacudiendo las coyundas, decías No serviré...” (*Jr* 2,20). Este rechazo constituye la culpa más grave de Israel: “Es un pueblo terco, criaturas hipócritas, hijos que no aceptan escuchar la instrucción del Señor” (*Is* 30,9) “Esta es la nación que no ha escuchado la voz del Señor su Dios ni ha querido aprender” (*Jr* 7,28; cf. 7,13. 24. 26). “¡Ay de la rebelde, la manchada, la ciudad opresora! No ha escuchado la voz, no ha aceptado la corrección; no ha puesto su confianza en el Señor, no se ha acercado a su Dios” (*So* 3,1 ss.).

c) *No “cuestionar” la Palabra*. No le corresponde al hombre someter a interrogatorio la Palabra de Dios contenida en la Escritura y en la Tradición. Claro que le está permitido interrogarla para consultarla, para dejarse dirigir por su luz; pero nunca con la intención de sorprenderla en falta, como a un reo delante del juez. Nos toca a nosotros dejarnos juzgar por ella, y no ser jueces de ella.

Algunas personas parecen citar la Palabra divina ante el propio tribunal, arrogándose el derecho de juzgarla con severidad, o incluso, de condenarla. Estos tales actúan como si tuvieran que vérselas con la letra muerta de un documento que pudiera ser tratado brutalmente, criticado y contestado. Olvidamos que compete a la Palabra el juzgarnos y que no nos compete a nosotros juzgar a la Palabra. Cristo lo ha dicho con inexorable claridad: “El que me rechaza y no recibe mis palabras ya tiene quien le condene: la Palabra que yo he hablado, ésa le condenará el último día” (*Jn* 12,48).

Según la carta a los Hebreos, sólo la Palabra de Dios es *kritikòs* “crítica”, es decir, según la etimología del término, “capaz de juzgar (*krinô*) y autorizada para hacerlo”. El hombre debe conformarse a las exigencias de esta suprema instancia, no tiene el derecho de manipularla para adaptarla a los atractivos de sus pasiones.

El comportamiento errado de que hablarnos procede en último análisis del orgullo, de la suficiencia intelectual, en contra de los cuales se alza a menudo la Escritura: “¡Ay de los sabios a sus propios ojos y para sí mismos prudentes!” (*Is* 5,21; cf. *Pr* 3,5. 7; 26,12).

²⁰ Cf. G. STALHIN, en G. KITTEL. ThWNT, I, p. 195.

En el *Fausto* de Goethe²¹, leemos este severo veredicto: “¡Maldita, ante todo, la idea elevada que el espíritu se forja de sí mismo!”.

2. *Cómo se ha de escuchar*

La salvación que Dios nos ofrece con su Palabra se logra efectivamente sólo cuando se la acoge con humildad y sencillez, o sea con actitud de niño. Lo que dijo Jesús sobre la entrada en el Reino vale igualmente para acoger la “palabra del Reino” (Mt 13,19): «Llamó a un niño, lo puso en medio de ellos y dijo: “Yo os aseguro: si no cambiáis y os hacéis como los niños, no entraréis en el Reino de los Cielos...”» (Mt 18,3). “Yo os aseguro: el que no reciba el Reino de Dios como niño, no entrará en él” (Mc 10,15).

El Reino de Dios (y con él la salvación) “llega” ya por el hecho de ser proclamado; el anuncio de la gloria del Reino torna Presente al Reino en la Palabra. El esfuerzo exigido al oyente del mensaje no se añade a la audición, como la acción al conocimiento; siendo dialécticamente idéntico a la audición, este esfuerzo debe igualmente precederla y seguirla. Oír bien no significa que la fase receptiva de la audición deba ser seguida por el consentimiento y la ejecución. Es sobremanera misterioso y difícil describir esto: la apertura al mensaje y el empeño personal que comportan las exigencias de tal mensaje coexisten simultáneamente. Por una parte, no “escucho” verdaderamente la Palabra divina sino cumpliéndola con fidelidad, y por otra, la cumplo de la manera más perfecta si la escucho con atención plena y total²².

a) *Escuchar con corazón bueno y recto* (Lc 8,15).

De cada palabra que se pronuncia se puede decir que aún antes de expresar un contenido determinado, es un llamado a alguien para invitarlo a salir del caracol de su propia individualidad y orientarse hacia el que habla. Contrariamente a lo que podríamos pensar, el resultado de una conversación no depende de que la palabra pronunciada sea o no entendida, sino que depende ante todo y más esencialmente del modo como uno está disponible para recibirla. “Si uno se abre verdaderamente, entonces ningún malentendido podrá destruir el vínculo establecido: más bien tal malentendido se tornará un error fecundo”²³. En (2 S 12,1 ss.) tenemos un ejemplo clásico de un error que resulta fecundo: el profeta Natán cuenta al rey David, adúltero y asesino, la parábola del rico y del pobre, y logra así lo que nunca hubiera logrado con un reproche directo. David, en la figura de un crimen que supone cometido por otro, reconoce la enormidad de su propio crimen y hace penitencia²⁴.

Lo que es verdadero para la palabra humana vale con mayor razón para la Palabra divina. Todo depende de cómo nos abrimos a ella, de nuestra disposición Para escuchar. *Aperiatur terra*. “¡Ábrase la tierra!” (Is 45,8). *Ephpheta*. “¡Ábrete!” (Mc 7,34). No es por casualidad que esta palabra de Jesús nos haya sido transmitida en arameo: acompañándola con gesto insólito, Cristo la ha de haber pronunciado con un acento tan impresionante que su auditorio jamás pudo olvidarla. El Señor, al hablar así, ha de haber pensado no sólo en el pobre sordomudo a quien estaba sanando con tan soberano imperativo sino más aún en todos aquellos que escuchando dócilmente su palabra habrían de abrirse a su salvación eterna.

El mensaje divino se dirige a todo el hombre, al centro mismo de su personalidad, cuyo símbolo es el corazón. La simiente de la palabra de Dios puede dar el céntuplo sólo cuando es recibida por un “corazón bueno y recto” que la guarda y le permite madurar por la paciencia (Lc 8,15). Con la fórmula *en kardía kalè kai agathé* (en un corazón bueno y recto) san Lucas retoma el

²¹ *Werflucht voraus die hohe Meinung, womit der Geist sich selbst umfängt* (*Faust*, 1ª Parte, vv. 1591 s.).

²² Cf. E BISER, *Die Gleichnisse Jesu. Versuch einer Deutung*, p. 62.

²³ E. BISER, *loc. cit.*, pp. 21 s.

²⁴ Cf. *ibid.*, p. 41, nota 21.

ideal de vida y de educación tan querido a los antiguos griegos llamado *kalokagathía*; y añade un sello de interioridad haciendo del corazón la sede de lo que es “bueno y recto”²⁵.

Al “corazón bueno y recto” se contrapone el “corazón endurecido” del que habla la Biblia con frecuencia. La carta a los Hebreos repite con insistencia la apremiante exhortación del salmista: “Si oís hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones” (*Sal* 95,8; *Hb* 3,7 ss.; 4,7).

Un corazón “endurecido”, “impenitente” (*Rm* 2,5), “incircunciso” (*Lv* 26,41; *Jr* 9,26; *Ez* 44,7.9; cf. *Hch* 7,51) es insensible a las manifestaciones de la voluntad salvífica de Dios. A un corazón “duro” le resulta “dura” la palabra divina. Para muchos discípulos de Jesús, su promesa de la Eucaristía fue una palabra “dura”. “Es duro este lenguaje. ¿Quién puede escucharlo?” (*Jn* 6,60), no porque la promesa de Cristo fuese realmente dura sino porque ellos eran “duros” de corazón.

b) *Escuchar y obedecer*. Escuchar a Dios como es debido implica la obediencia, ante todo, “la obediencia de la fe” (*Rm* 1,5; 15,26). Mientras que en muchas lenguas el verbo “obedecer” deriva del verbo “oír”²⁶, en hebreo un solo y mismo verbo significa a la vez “escuchar” y “obedecer”. Sobre todo en el Deuteronomio, estos verbos se encuentran asociados con frecuencia: escuchar y hacer (*Dt* 5,27; 30,12 ss.), escuchar y custodiar (6,3), escuchar la voz de Dios y servirle (13,4), escuchar la voz del Señor Y cumplir sus mandamientos (27,10). El Nuevo Testamento contiene expresiones análogas: “Dichosos los que oyen la palabra de Dios y la guardan” (*Lc* 11,28). “Poned por obra la Palabra y no os contentéis sólo con oírla” (*St* 1,22). La parábola final del sermón de la montaña muestra la diferencia entre el que oye bien y el que oye mal: “Así pues, todo el que oiga estas palabras mías y las ponga en práctica será como el hombre prudente que edificó su casa sobre roca: cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos, y embistieron contra aquella casa; pero ella no cayó porque estaba cimentada sobre roca. Y todo el que oiga estas palabras mías y no las ponga en práctica será como el hombre insensato que edificó su casa sobre arena: cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos, embistieron contra aquella casa y cayó y fue grande su ruina” (*Mt* 7,24-27).

El que se limita a conocer el mensaje evangélico sin dejarse tomar por él ni optar personalmente por él, trabaja para su propia ruina. “*Si audis et non facis, ruinant aedificas*”, dice san Agustín²⁷. “Si escuchas pero no obras construyes una ruina; escuchar y obrar significa edificar sobre la roca”. Oír y actuar en consecuencia es edificarse a sí mismo y edificar a los demás, en el sentido fuerte del término “edificar”. En efecto “la palabra de la gracia de Dios tiene poder para construir el edificio y daros la herencia con todos los santificados” (*Hch* 20,32). Cuando es puesta en práctica con fidelidad, la Palabra cimenta nuestra vida sobre terreno firme, y esto no sólo para los momentos de bonanza, sino contra todos los peligros, contra el oleaje y la tempestad.

Cuando se escucha y se obedece se da gloria a Dios: “Oíd y escuchad, no seáis altaneros, porque habla el Señor. Dad gloria al Señor vuestro Dios antes que haga oscurecer, y antes que se oyan los pies sobre la tierra oscura... Pero si no le oyereis, en silencio llorará mi alma por ese orgullo, y dejarán caer mis ojos lágrimas, porque va cautiva la grey del Señor” (*Jr* 13,15-17).

Los sacerdotes de hoy harían bien en tomar en serio la espantosa amenaza del libro de Malaquías dirigida a los representantes del sacerdocio de la época (s. V a. C.): “Y ahora, a vosotros esta orden, sacerdotes: Si no escucháis ni tomáis a pecho dar gloria a mi Nombre... Yo lanzaré sobre vosotros la maldición y maldeciré vuestra bendición” (*Ml* 2,1 ss.).

c) *Alimentarse con la Palabra de Dios*. La Palabra de Dios es un alimento: “No sólo de pan vive el hombre sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (*Mt* 4,4; *Dt* 8,3). Jeremías vivía de

²⁵ Cf. *ibid.*, p. 7, nota 22.

²⁶ En griego, *hyp-akouō*, de *akouō*; en latín (y en las lenguas romances) *ob-oedire*, de *audire*.

²⁷ *Sermo* 179; PL 38,966.

ella, la devoraba: “Se presentaban tus palabras y yo las devoraba; era tu palabra para mí un gozo y alegría de corazón” (*Jr 15,16*).

A Ezequiel y al vidente de Patmos se los invita a comer el rollo que contiene las palabras divinas (*Ez 3,1 ss.; Ap 10,9 ss.*). El salmista encontraba sus delicias en este alimento: “¡Cuán dulce al paladar me es tu promesa, más que miel a mi boca!” (*Sal 119,103; cf. 19,11*).

Escuchar esta palabra y cumplirla es alimentarse no con un alimento perecedero sino con lo que permanece hasta la vida eterna (cf. *Jn 6,27*). El alimento corporal genera más eficazmente su fuerza nutritiva, no cuando se lo engulle sino cuando se lo mastica bien. Lo mismo ocurre con el alimento espiritual: siguiendo el ejemplo de los ermitaños y de los monjes antiguos deberíamos “rumiar” las palabras de Dios que han tenido mayor eco en nuestra alma y que, además, según nuestra experiencia, nos han acercado a Dios; deberíamos repetírnoslas, gustarlas, meditarlas, para sacar provecho de todas sus cualidades nutritivas. Enrique Suso escribe en una carta: “Un auténtico amigo de Dios debe tener siempre en la boca de su alma alguna imagen y alguna palabra buena, de suerte que, masticándolas, su corazón se inflame en ansias de Dios”²⁸.

Si nos olvidamos de comer nuestro pan se nos seca el corazón (cf. *Sal 102,5*). Debemos pues, pedir al Señor que nos dé hambre y sed de su palabra porque el hambre y la sed tienen como consecuencia, por una parte, que no nos olvidemos de alimentarnos, y por otra, que nos parezca sabroso aún lo amargo: “Alma saciada pisotea la miel, al alma hambrienta hasta lo amargo es dulce” (*Pr 27,7; cf. Lc 15,16*). Cuanto mayor es el apetito tanto más se gusta el alimento, aunque fuese el más duro pan. Cuanto mayor hambre tengamos de la palabra de Dios mayor será el bien que nos hará. Dios promete enviar esta hambre a la tierra: “He aquí que vienen días -oráculo del Señor- en que yo mandaré hambre a la tierra, mas no hambre de pan, ni sed de agua, sino de oír la palabra del Señor” (*Am 8,11*).

3. Los modelos del oyente perfecto

Para terminar, recordemos algunos ejemplos sacados de la Escritura, que nos enseñan cómo debemos escuchar.

a) *Las tres Personas divinas*: “El que plantó la oreja, ¿no va a oír? el que formó los ojos ¿no va a ver?” (*Sal 94,9*). Con mucha frecuencia dice la Biblia que Dios escucha al hombre, sobre todo al hombre acongojado, desdichado, al hombre que llora. En esto se manifiesta el rasgo más notable de Dios, aquel que la Biblia recuerda más a menudo y de manera impresionante: es decir, que Dios es un Dios rebosante de piedad y de misericordia, que se inclina sobre el pobre o el oprimido y desolado. Pero lo más sorprendente es que Dios “escucha” también en la esfera de las relaciones trinitarias: el Padre escucha siempre al Hijo; el Hijo escucha al Padre, -es “todo oídos”-, el Espíritu Santo escucha al Hijo.

El Padre escucha al Hijo. Ante la tumba de su amigo Lázaro, Jesús dice: “Padre, te doy gracias por haberme escuchado. Ya sabía yo que tú siempre me escuchas” (*Jn 11,41 ss.*). También en la angustia de su alma “triste hasta la muerte” (*Mt 26,38*), el Hijo sabe que el Padre lo escucha, aun cuando lo abandona en manos de sus enemigos. En el huerto de los olivos Cristo dice a Pedro, que había desenvainado la espada para defenderlo: “Vuelve tu espada a su sitio, porque todos los que empuñan la espada, a espada perecerán. ¿O piensas que no puedo yo rogar a mi Padre, que pondría al punto a mi disposición más de doce legiones de ángeles? Mas, ¿cómo se cumpliría entonces la Escritura de que así debe suceder?” (*Mt 26,52. 54*).

Que el Hijo es “todo oídos” respecto del Padre, el cuarto evangelio lo subraya con vigor: “El que me ha enviado es veraz, y lo que le he oído a él es lo que hablo al mundo” (*Jn 8,26*). “Os he

²⁸ Carta n. 11.

dicho la verdad que oí de Dios” (*Jn 8,40*). “Os he llamado amigos porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer” (*Jn 15,15*).

El Espíritu, a su vez, es el perfecto oyente del Hijo: “Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa; pues no hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga... El me dará gloria, porque recibirá de lo mío y os lo comunicará a vosotros” (*Jn 16,13 ss.*). Así como el Hijo ha glorificado al Padre, transmitiendo a la humanidad el mensaje que oyó del Padre, también el Espíritu glorifica al Hijo introduciendo a los fieles en toda la dimensión de la revelación que Cristo nos ha traído. Esta tiene su fuente en el Padre, es proclamada por el Hijo, y para glorificar al Padre y al Hijo, el Espíritu Santo explicita la plenitud de la verdad.

b) Samuel y Salomón: En los comienzos de la monarquía en Israel, encontramos dos personajes que pueden enseñarnos cómo escuchar perfectamente la voz del Señor: el niño Samuel y el joven Salomón.

En aquella primera revelación divina que lo consagra como profeta Samuel oye que por tres veces durante la noche llaman: “¡Samuel, Samuel!”. Creyendo que lo llama el anciano sacerdote Elí, el niño va a su encuentro y le dice: “Aquí estoy porque me has llamado” (*1 S 3,5 ss.*). Cuando el Señor se hace presente por cuarta vez, Samuel, siguiendo el consejo de Elí, responde sencillamente: “Habla, Señor, que tu siervo escucha” (*13,9*). Entonces el Señor comunica a su nuevo profeta, al recién elegido, el terrible mensaje que deberá transmitir a Elí.

Esta palabra tan sencilla: “Habla, Señor, que tu siervo escucha” manifiesta un corazón pronto a la “escucha”, perfectamente dócil a la palabra y a la voluntad divinas. ¡Qué rara es esta actitud aún en aquellos que buscan sinceramente a Dios! La mayoría de las personas, invirtiendo los términos, parecen decir: “¡Escucha, Señor, que tu siervo habla!”.

Esta disposición inicial frente a Dios y a su palabra, que admiramos en el joven Samuel, la pide a Dios el joven rey Salomón como precioso don de su gracia. En Gabaón, el Señor se le aparece en sueños y le dice: “Pídeme lo que quieras que te dé” (*1 R 3,5*). ¡Qué ofrecimiento magnífico, qué oportunidad única! Antes de responder, conviene reflexionar madura y largamente. Salomón, que sucedía a su padre David en el trono de Israel, podía tener la tentación de pedir una vida larga, la salud, el poder político, la victoria sobre los enemigos. En cambio, pide algo muy sencillo, y que a primera vista nos sorprende: “un corazón que escucha” (en hebreo, *lêb shomé’a*). Ninguna de las traducciones recientes ha juzgado oportuno conservar a la letra esta expresión: Crampon (1939) dice “un coeur attentif”; la *Bible de Jérusalem*, “un coeur plein de jugement”, la *Biblia de Jerusalén*, “un corazón que entienda para juzgar”; Nácar-Colunga (1944) “un corazón prudente”; Straubinger (1951), “un corazón dócil”. La *Sacra Bibbia* italiana, traducida por los profesores del Instituto Bíblico (Ed. Salani 1961), trae “una mente docile”. Todo esto no es incorrecto pero restringe demasiado el sentido original.

“Un corazón que sabe escuchar” es el don, primerísimo tras el cual nos vienen todos los demás bienes (cf. *Sb 7,11*); esto garantiza una actitud correcta para con Dios y para con el prójimo²⁹. Lo primero que Dios exige de nosotros es que escuchemos su voz. “¡Escucha, Israel!” (*Dt 6,4*). Escuchar es más importante que ofrecer sacrificios: “¿Acaso se complace Yahveh en los holocaustos y sacrificios como en la obediencia a la palabra de Dios? Mejor es obedecer³⁰ que sacrificar, mejor que la grasa de los carneros es escucharle a él. Como pecado de hechicería es la rebeldía, crimen de *terafim*, la contumacia” (*1 S 15,22 ss.*). “Cuando yo saqué a vuestros padres del país de Egipto, no les hablé ni les mandé nada tocante a holocausto y sacrificio. Lo que les mandé fue esto otro: “Escuchad mi voz y yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo” (*Jr 7,22 ss.*).

²⁹ Cf. Sr. JEANNE D’ARC, op, *Un coeur qui écoute* (Le Cerf. Paris. 1966) pp. 13 s.

³⁰ En hebreo, “escuchar”.

“Un corazón que escucha” nos indica también cuál es el comportamiento que conviene en nuestras relaciones humanas. Quien es probado por el sufrimiento siente más hondamente el dolor de “no tener a nadie” (cf. *Jn* 5,7) capaz de escucharlo. Para mucha gente la necesidad de encontrar un “corazón que sepa escuchar” es más urgente que el alimento y las medicinas. “Un silencio lleno de amor que escuche con caridad el lamento del que sufre es a menudo más eficaz que palabras de consuelo”³¹. Si los amigos de Job hubieran permanecido en silencio (cf. *Jb* 2,13) lo habrían confortado mejor que con ese torrente de palabras que volcaron sobre él. Comprendemos muy bien la reacción de Job cuando les dijo: “Consoladores funestos sois todos vosotros. ¿No acabarán esas palabras de aire?” (*Jb* 16,2 s.). “¡Oh, si os callarais la boca! Sería eso vuestra sabiduría” (*Jb* 13,5).

c) *Los Rekabitas*. Todo el capítulo 35 del libro de Jeremías está dedicado a una acción simbólica con la cual el profeta muestra a su pueblo, siempre duro de oídos cuando se trata de escuchar y obedecer al Señor, un modelo perfecto de obediencia y de fidelidad en la persona de los *Rekabitas*. Para protestar contra la civilización de las ciudades y contra el peligro de defección que acechaba a la religión de Yahveh, un grupo llamado de los *Rekabitas* -del nombre de su fundador Yonadab, hijo de Rekab- realizaba el ideal de la vida en el desierto, tal como lo deseaban los profetas³². Según el testimonio de Diodoro de Sicilia, los Nabateos eran continuadores de los *Rekabitas*. Habitaban en tiendas, no poseían viñas ni campos y nunca bebían vino.

Su fundador, celoso custodio de la pureza del culto de Yahveh, hacia la mitad del siglo IX a.C., se había unido al general Jeliú para combatir la dinastía de Omrí, rey del reino del Norte, y para extirpar el culto de Baal (cf. *2 R* 10,15 ss.). Sus descendientes también eran fieles al único Dios verdadero. Durante la invasión de Nabucodonosor, rey de Babilonia, hacia el año 602, habían buscado refugio en la capital (cf. *Jr* 35,11).

La presencia de esta gente de costumbres extrañas ofrecía a Jeremías una excelente ocasión para dar una lección espectacular e incisiva a los habitantes de Jerusalén. Por orden del Señor, invita a los *Rekabitas* a una de las “cámaras” del Templo, les presenta unos jarros llenos de vino y vasos y les dice: “Bebed vino” (v.5). Pero ellos responden: “No bebemos vino porque nuestro padre Yonadab, hijo de Rekab, nos dio este mandato: ‘No beberéis vino ni vosotros ni vuestros hijos nunca jamás, ni edificaréis casa, ni sembraréis semilla, ni plantaréis viñedo, ni poseeréis nada, sino que en tiendas pasaréis toda vuestra existencia, para que viváis muchos días sobre la faz del suelo, donde sois forasteros’. Nosotros hemos obedecido³³ a la voz de nuestro padre Yonadab..., absteniéndonos de beber vino de por vida, nosotros, nuestras mujeres, nuestros hijos y nuestras hijas, y no edificando casas donde vivir, ni poseyendo viña ni campo de sementera, sino que hemos vivido en tiendas, obedeciendo y obrando³⁴ en todo conforme a lo que nos mandó nuestro padre Yonadab. Pero al subir Nabucodonosor, rey de Babilonia, contra el país, dijimos: ‘Venid y entremos en Jerusalén, para huir de las fuerzas caldeas y de las de Arán’, y nos instalamos en Jerusalén” (vv. 6-11).

La extraordinaria fidelidad a la orden de un hombre que hacía tanto tiempo había desaparecido, fidelidad mantenida durante dos siglos y medio, sirve para ilustrar por contraste la permanente desobediencia del pueblo elegido para con su Dios. A la multitud de curiosos que, sin duda, se había agolpado en el Templo para asistir al desacostumbrado espectáculo, Jeremías le dice: “Así dice Yahveh Sebaot, el Dios de Israel: Vé y dices a los hombres de Judá y a los habitantes de Jerusalén: ¿No aprenderéis la lección que os invita a escuchar mis palabras? -oráculo de Yahveh. Se ha cumplido la palabra de Yonadab...; él prohibió a sus hijos beber vino, y no han bebido hasta la fecha, porque obedecieron la orden de su padre. Yo me afané en hablaros a vosotros y no me oísteis. Me afané en enviaros a todos mis siervos los profetas a deciros:

³¹ Sr. JEANNE D’ARC, *loc. cit.*, p.19.

³² Cf. *Jr* 2,2 s.; *Os* 2,16 s.; 12,10; 13,5; *Am* 2,10; 6,8.

³³ Literalmente: “Habíamos escuchado...”.

³⁴ Literalmente: “Habíamos escuchado y hecho...”.

Tornad cada uno de vuestro mal camino, mejorad vuestras acciones y no andéis en pos de otros dioses para servirles, y entonces os quedaréis en la tierra que os di a vosotros y a vuestros padres; mas no aplicasteis el oído ni me hiciste caso” (vv. 13-15)³⁵.

La comparación con los *Rekabitas* debe hacer ruborizar a la gente de Judá: aquellos han escuchado y practicado durante siglos la palabra humana de su fundador; éstos, a pesar de frecuentes e instantes exhortaciones a convertirse, no han escuchado la palabra, infinitamente más grave, de su Dios. Su infidelidad contrasta horriblemente con la fidelidad de los *Rekabitas*. Estos reciben en recompensa una promesa consoladora (vv. 18 ss.), a aquellos se les anuncia el merecido castigo (vv. 16 ss.)³⁶.

d) *El Siervo de Dios*. El Siervo de Dios que, siendo inocente, expía el pecado de las multitudes. se designa a sí mismo como un ser totalmente dominado por la voluntad de escuchar a Dios: “El Señor Yahveh me ha dado lengua de discípulo, para que haga saber al cansado una palabra alentadora. Mañana tras mañana despierta mi oído para escuchar como los discípulos; el Señor Yahveh me ha abierto el oído. Y yo no me resistí ni me hice atrás” (*Is* 50,4 ss.). Hablar supone oír: el Señor, antes de abrir los labios de su Siervo (cf. *Sal* 51,17), debe abrirle el oído. Si el Siervo es capaz de sostener con su palabra al que está descorazonado, es sólo porque el Señor le ha abierto el oído. “Nada podría oír si Dios no le abriera el oído una y otra vez; nada podría decir si Dios no le comunicara lo que debe decir”³⁷. El evangelio de san Juan muestra con gran insistencia cómo este oráculo profético se ha cumplido en Cristo: el Hijo no dice sino lo que ha oído al Padre.

La carta a los Hebreos (*Hb* 10,5-9) pone en boca del Hijo de Dios, al encarnarse en el seno de la Virgen, otro texto mesiánico, que atestigua la misma actitud de disponibilidad total: “Ni sacrificio ni oblación querías, pero el oído me has abierto; no pedías holocausto ni víctima, dije entonces: Heme aquí que vengo. Se me ha prescrito en el rollo del libro hacer tu voluntad. Dios mío, en tu ley me complazco en lo profundo de mis entrañas” (*Sal* 40,7-9).

El hecho de que el futuro Redentor sea presentado ante todo como el Siervo pronto a escuchar y a obedecer, tiene una importancia excepcional para nosotros, hombres del siglo XX, que a duras penas escuchamos con sencillez y obedecemos sin contradicción.

e) *Tres santas mujeres*

La Madre de Jesús. Entre las mujeres del Nuevo Testamento, que nos enseñan cómo debemos escuchar, la primera es -sin lugar a dudas- “la Mujer” por excelencia, la figura ideal de la femineidad, María la Madre del Señor. Como el Siervo de Yahveh del tercer canto de Isaías (*Is* 50,4 ss.), María es, desde la Anunciación, la «esclava” “toda oídos”, pronta a obedecer al llamado de Dios. Su corazón fue desde el comienzo “un corazón que escucha”, y esto en el más alto grado. Y sin embargo, no pronunció su *Fiat* a la ligera, sin discernimiento. Ella dejó entrar ciertamente la voluntad de Dios en su corazón. Pero ese mismo Dios debió aceptar que ella le formulara preguntas a las cuales el ángel debió responder para que la Virgen pudiese pronunciar su *Fiat* de todo corazón. Aún queriendo obedecer, María, precisamente al escuchar, da pruebas de una prudencia y de una discreción auténticas y queridas por Dios. El Señor no se ofendió porque su servidora haya luchado así antes de aceptar. Más bien, amó a María porque su *Fiat* se fue tornando más claro y más firme en un creciente SÍ desde el momento de la Anunciación y a

³⁵ En hebreo hay un juego de palabras (como en *Jr* 25,5): *Shûbû-ûshebû*, “Convertíos y habitad”, o sea “Si os convertís, podréis permanecer (seguros) en la tierra...”.

³⁶ Jeremías no adopta la actitud de los *Rekabitas*, hostiles a la cultura. Ellos protestaban de manera negativa contra una evolución histórica, obstinándose en conservar modos de vida ya superados. El profeta, al contrario, no critica la civilización con sus realizaciones concretas, sino que se esfuerza por penetrarlas de manera positiva porque cree en Dios, quien está actuando en la historia. Cf. A. WEISER, *Das Buch Jeremías*, 5ª ed. 66 (Göttingen 1966), p. 320.

³⁷ CLAUS WESTERMANN, *Das Buch Jesaja*, caps. 40-66 (Göttingen 1966), p.185

través de los muchos asentimientos de su vida ulterior hasta el día en que hubo de escuchar las palabras pronunciadas por su Hijo desde lo alto de la cruz y, como Madre de Dolores, recibirlo en su regazo cuando fue bajado del patíbulo³⁸.

La Madre de Jesús sabía asimismo acoger muy bien los mensajes divinos en los acontecimientos de cada día, aquellos que sólo el oído interior y el corazón amante pueden percibir. Al decir de san Lucas, ella conservaba cuidadosamente todas las “palabras”, es decir, según los matices del término semítico *dábár* (Palabra, acontecimiento, cosa), todos los acontecimientos concernientes a su Hijo, Y los meditaba en su corazón (*Lc 2,19. 51*).

María de Betania. El mismo evangelista, llamado con razón, el “evangelista de las mujeres”, nos presenta como modelo también a otra María: María de Betania.

De camino a Jerusalén, Jesús entró en un pueblo (*Jn 11,1* anota que se llamaba Betania) donde una mujer llamada Marta lo recibió en su casa. “Tenía ella una hermana llamada María, que sentada a los pies del Señor, escuchaba su Palabra, mientras Marta estaba atareada en muchos quehaceres. Acercándose, pues, dijo: ‘Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje sola en el trabajo? ¡Dile, pues, que me ayude!’. Le respondió el Señor: Marta, Marta, te afanas y preocupas por muchas cosas; y hay necesidad de pocas o mejor de una sola. María ha elegido la mejor parte, que no le será quitada” (*Lc 10,38-42*). María está sentada a los pies de Jesús, como lo estuvo Pablo a los pies de Gamaliel (*Hch 22,3*). Jesús es el Maestro; María la discípula. No ejerce ninguna actividad externa, sino que permanece a los pies de Cristo y escucha su enseñanza, sin dejarse distraer por nada. En cambio su hermana, por otra parte con óptima intención, no piensa más que en preparar la comida y en prestar muchos otros servicios a su venerado huésped. Por cierto que sirve a Cristo, pero no con la total atención del corazón.

Cuando san Pablo aconseja la virginidad, usa un término que expresa exactamente lo contrario del comportamiento apresurado y atareado de Marta: esta “se dejaba tironear de acá para allá” (*peri-spáomai*) por toda clase de quehaceres (*Lc 10,40*); la virgen consagrada, en cambio, permanece junto al Señor “sin dejarse llevar de acá para allá” (*a-peri-spástós*) (*1 Co 7,35*): no conoce otra “preocupación” que los intereses de su Señor (*1 Co 7,32-34*).

Como lo ha dicho el mismo Jesús, la preocupación más urgente debe ser la referente “al Reino”, o sea a la realización del reinado de Dios: “Buscad primero su Reino y su Justicia” (*Mt 6,33*; cf. *Lc 12,31*). Este Reino viene a nosotros en la “palabra del Reino” (*Mt 13,19*). El servicio más importante que el hombre debe a Dios es el “servicio de la palabra”; ahora bien, este no consiste principal y exclusivamente en proclamar la palabra, sino en escucharla en forma siempre nueva, siempre mejor, y, sobre todo, en la oración. Por eso, los Apóstoles, después de haber confiado a los diáconos los deberes sociales, resolvieron: “dedicarse a la oración y al servicio de la Palabra” (*Hch 6,4*).

Jesús toma la defensa de María, diciendo a su hermana: “Marta, Marta, te afanas y preocupas por muchas cosas...”. La repetición del nombre pone de manifiesto los sentimientos de afecto y amistad del Señor hacia la dueña de casa; sin embargo no puede ahorrarle el reproche: “Bastan pocas cosas, más bien una sola”. Así se debe leer según los mejores manuscritos griegos. Poca comida, pocos platos son necesarios, o más bien, un solo alimento, un solo servicio: esta comida es hacer la voluntad del Padre (cf. *Jn 4,34*), este servicio consiste en escuchar la palabra de Jesús. María, al prestar oído atento a la enseñanza del Maestro, ha escogido la mejor parte, y Jesús, de ningún modo se la quiere quitar.

Lidia, la vendedora de púrpura. Lucas, el médico que manifiesta en su evangelio tan delicada comprensión del alma femenina, habla, en los Hechos, de la primera mujer cristiana de Europa, modelo luminoso para quienes escuchan la palabra de Dios. Fuera de las puertas de Filipos, en

³⁸ Cf. EKKART SAUSER, *María in Advent*, Vierundzwanzig Betrachtungen (Paulinus-Verlag, Trier 1969) p. 18.

Macedonia, el apóstol san Pablo ganó, por su predicación, para la fe de Cristo, a los primeros europeos. Lucas cuenta: “El sábado salimos fuera de la puerta, a la orilla de un río, donde suponíamos que habría un sitio para orar. Nos sentamos y empezamos a hablar a las mujeres que habían concurrido. Una de ellas, llamada Lidia, vendedora de púrpura, natural de la ciudad de Tiatira (en la Lidia septentrional), y que adoraba a Dios (quiere decir que se había convertido al judaísmo), nos escuchaba. El Señor le abrió el corazón para que se adhiriese a las palabras de Pablo. Cuando ella y los de su casa recibieron el bautismo, suplicó: ‘Si juzgáis que soy fiel al Señor, venid y quedaos en mi casa’. Y nos obligó a ir” (*Hch* 16,13-15).

Por consiguiente, en Europa, fue el corazón de una mujer, la tierra fértil en la que Dios arrojó la primera semilla del Evangelio³⁹, y esta semilla dio el céntuplo. Europa debe la salvación a una mujer que acogió con sencillez la buena noticia de la salvación: y si quiere reponerse de la grave enfermedad en que está sumida a causa de su incredulidad, debe aprender de nuevo la humilde apertura a la Palabra de Dios, de lo cual le da ejemplo Lidia, la primera cristiana de Europa.

Recordemos, para terminar, un último camino que lleva a escuchar bien, un camino que Dios, en su misericordia, reserva para cuando todas sus exhortaciones han resultado infructuosas: el camino de la experiencia dolorosa. Acertadamente lo dice un proverbio alemán: *Wer nicht hören will, muss fühlen*, “Quien no quiere escuchar debe sentir”, es decir escarmentar a sus expensas. Muchos sólo a fuerza de duras pruebas aprenden a escuchar y a obedecer. Otro proverbio alemán dice: *Not lehrt beten*, “La necesidad enseña a rezar”; se podría decir también. “La necesidad enseña a escuchar”.

“(Dios) salva a los pobres por su misma pobreza, y por la miseria les abre el oído” (*Jb* 36,15)⁴⁰. El pueblo de Dios de la Antigua Alianza tuvo que “sentir mil veces por haberse negado a escuchar”, “Cuando estés angustiado y te alcancen todas estas palabras, al fin de los tiempos, te volverás a Yahveh tu Dios y escucharás su voz; porque Yahveh tu Dios es un Dios misericordioso: no te abandonará ni te destruirá” (*Dt* 4,30 s.; cf. *Os* 5,15b-6,1a).

Cuando hayamos recogido los frutos amargos de un “corazón maleado por la incredulidad” (*Hb* 3,12) comprenderemos por fin “qué es lo que procura la paz” (cf. *Lc* 19,42), o sea la apertura humilde de nuestro corazón a la palabra y a la voluntad de Dios:

“Si hubieras atendido a mis mandatos,
tu paz habría sido como un río,
y tu felicidad como las olas del mar” (*Is* 48,18).

³⁹ Cf. P. KETTER, *Die Frauen der Urkirche* (Stuttgart 1949) p. 99.

⁴⁰ El hebreo contiene un doble juego de palabras: ‘*âni-* ‘*oni* (pobre-pobreza); *âlas-lâhas* (salvar-miseria).